

Aculturación y asimetría de poder en los grupos indígenas de Baja California

*Mario Alberto Magaña Mancillas
Museo de las Californias*

La construcción de las identidades de las sociedades siempre ha estado marcada por la denominada “visión de los vencedores”, aunque estos procedan de victorias pírricas. En el caso de Baja California, un primer momento de este proceso fue marcado por la fuerte presencia de los inmigrantes, los cuales llegaron a este territorio sobre todo a partir de las décadas de los años 20 y 30 del siglo XX, concentrándose en las nacientes poblaciones de Ensenada, Tijuana y Mexicali. Lo que contribuyó a que la identidad se fincará en un supuesto origen urbano y, por tanto, se buscó precisar las fechas de fundación de estas ciudades.¹

Esto motivo a considerar que nada había de rescatable en lo rural y antes de los momentos fundacionales, en un sentido negativo, lo otro era prehistoria:

humanas son las ciudades, humanos son los campos cultivados y todas las obras y realizaciones del hombre sedentario ... más allá ... empieza la tierra de nadie, donde deambulan porqueros, vaqueros, recolectores y carboneros y un conjunto de forajidos, todos estos nómadas, hombres salvajes por esencia [Dupeyron 1995:17]

Las etapas históricas cuando habían indígenas nómadas; cuando habían misioneros, soldados de cuera e indígenas, y cuando habían rancheros e indígenas se olvidaron o se consideran antecedentes, poco importantes, del hecho histórico del surgimiento de la sociedad urbana bajacaliforniana, siempre guiada hacia el primer mundo, por lo cual piensa que carece de un pasado rural, analfabeta y “pobre”.

Todo lo que fuera anterior o exterior a la “civilización” fue tomado poco en cuenta o ignorado, ya que se suponía que nada había aportado a la sociedad actual, siendo el principal objeto de este olvido los grupos indígenas y sus estrategias de supervivencia.²

Dentro de esta perspectiva se ha establecido que la penetración occidental, a través de las misiones, durante los siglos XVIII y XIX, habían “acabado” con los indígenas peninsulares. Los cuales eran entidades estáticas que fueron incapaces de resistir la avalancha occidental. Por ejemplo, Ignacio del Río señala:

Dado que el que se estableció fue un sistema de relaciones sociales de dominio, en el que los indios constituyeron el sector social sometido, aceptar o rechazar la cultura ajena no fue para los grupos indígenas una opción que pudiera ser autorregulada y resuelta únicamente en función de instancias de origen autónomo [del Río 1984:208].

¹ Esto en recuerdo de los claros actos fundacionales de las poblaciones virreinales, que es indudable que las circunstancias de la península son notoriamente diferentes, salvo algunas excepciones como Real del Castillo, que si cuenta con una acta fundacional per hoy en día está abandonada.

² En otros trabajos he desarrollado ideas sobre estos aspectos véase Magaña 1997, 1999a y en prensa.

Se ha considerado que los grupos indígenas, en especial del área de influencia jesuítica, fueron sometidos y acabados por la acción misional, sin que los autóctonos tuvieran la más mínima capacidad de idear formas de apropiarse y adaptarse a la nueva circunstancia. Esta visión es sintetizada de una manera magistral por Ernesto Lemoine Villicaña:

los californios, verdaderamente necesitados, no pudieron, o no quisieron, o no los dejaron, sentarse al banquete de la prosperidad importada; no probaron, casi, las bondades de la cultura del trigo, pero en cambio perduraron hasta el fin con las de la suya, la del cacto, en la cual habían nacido y con la cual hubieron de perecer [Lemoine 1959:621].

Se parte de considerar al proceso de aculturación como un choque de dos culturas incapaces de la flexibilidad y el intercambio, en el cual una debía desaparecer por completo frente a la otra, que es la de los dominantes, la cual a su vez no sufrió, ni debe sufrir, ninguna alteración:

No puede decirse que el programa jesuítico de cambio cultural haya tenido una contraparte igualmente congruente y viable del lado de la población indígena, la que difícilmente podía llegar a tener en esto objetivos propios plenamente diferenciados de los dominadores, como no fueran ... los de resistir organizadamente la dominación y preservar la integridad de las tradiciones culturales autóctonas [del Río 1984:169-170].

¿Y qué esto no es parte de un “programa” indígena, “congruente y viable”, por mantener una identidad frente al otro? Es cierto, que no existen los escritos reflexivos sobre esta estrategia por parte de los naturales peninsulares, como si los hay de los misioneros, pero eso no excluye de que la reflexión se haya dado y transmitido oralmente.

Por su parte, Rosa Elba Rodríguez Tomp considera que la postura asumida por varios estudiosos tiene una fuerte carga teocéntrica. Así esta autora señala, sobre lo que denomina la “tesis del avasallamiento cultural”, que:

al hacer el análisis de lo ocurrido entre aborígenes y misioneros durante la época colonial es frecuente aplicar un enfoque teocéntrico tendiente a considerar a la cultura de los primeros como tan pobre y tan frágil que de inmediato se dejaron seducir por los rasgos culturales impuestos y se convirtieron sin remedio en indios de misión; o bien que en poco tiempo sucumbieron como grupos diferenciados ante el choque producido por la llegada y establecimiento de los extranjeros [Rodríguez 1997:69].

Por lo que, sería “un error considerar la acción misional como un fenómeno fulminante y masivo que afectó de manera inmediata y homogénea a todo el territorio de los cazadores-recolectores bajacalifornianos” (Rodríguez 1997:71). No obstante, esta es la visión que ha perdurado hasta nuestros días y que ha permeado incluso nuestra perspectiva contemporánea: los yumanos (paipai, kiliwa, cucapá, kumiai) son frágiles figuras que no tienen ninguna capacidad de respuesta, resistencia o inventiva, estas ahí para ser arrasados o salvados.

Sin embargo, considero que los conceptos de aculturación y asimetría de poder nos pueden ayudar a rescatar las estrategias de supervivencia que los diferentes grupos yumanos aplicaron, desde tiempos ancestrales, para mantenerse física y culturalmente frente al medio ambiente, los exploradores, los misioneros, los soldados, los rancheros, los filibusteros, los mineros y gambusinos, los colonizadores y especuladores de tierras, los ganaderos y ejidatarios,

y los funcionarios públicos.

Regresando a lo expresado por Ignacio del Río, es cierto que en un “sistema de relaciones sociales de dominio” una de las partes es la que ejerce el poder dominante. Es decir, existe una asimetría de poder: la armonía y proporcionalidad entre las partes de la relación se han desequilibrado, inclinándose hacia uno de los grupos sociales, en nuestro caso hacia el grupo virreinal o occidental.³

No obstante, esto no implica que los dominados no cuenten con algún grado de potencial social, o sea, la “capacidad de influir en la acción o el cambio social [capacidad que] Difiere en gran medida de individuo a individuo, pero no falta por completo en ninguno, por humilde o insignificante que sea” (Fairchild 1992:227), y por tanto puedan establecer estrategias de supervivencia que les permitan adaptarse a las nuevas circunstancias, e incluso sacar partido de ellas.

Existen relatos y testimonios que muestran que los yumanos históricos tuvieron formas de resistencia que van más allá del hurto, el asesinato o la huida. Las áreas de refugio al este de las sierras de San Pedro Mártir y de Juárez eran realidades que en mucho condicionaron la existencia misma de la “frontera misional dominica”. Al decaimiento de las misiones dominicas la asimetría de poder se restringe frente a la indefensión de las familias rancheras frontereñas que incluso llegan a ser criticadas por haber perdido sus referentes “civilizados” y haberse acercado a la cultura indígena (Magaña 1998, 1999b).

Esta situación se empezó a revertir con la cada vez mayor presencia del estado mexicano a través de las autoridades peninsulares, desde la Colonia militar de La Frontera de la Baja California, que negocia y agasaja a los capitanes indígenas, hasta la jefatura política del Distrito Norte que los ignora y somete (Magaña 1999c).

La aculturación va compaginada con la asimetría de poder, de entrada parecería que el intercambio cultural es ventajoso para ambas partes cuando la asimetría de poder es menos conflictiva. En cambio, cuando la dominación del grupo occidental es muy fuerte, la pérdida de pautas culturales tradicionales es mayor para el grupo indígena y el aprovechamiento de este conocimiento por los occidentales es mínimo, restringiéndose la capacidad de adoptar estrategias para la supervivencia cultural de los yumanos cada vez más occidentalizados.

Así, frente a los dominicos y soldados de cuera los yumanos históricos tuvieron varios mecanismos exitosos: desde el enfrentamiento hasta la simulación, y con los rancheros estos propiciaron un rico intercambio cultural debido a su débil posición como grupo dominante. No obstante, con el fortalecimiento de la presencia del estado mexicano en Baja California, el grupo dominante cada vez estuvo menos dispuesto a tolerar a los grupos yumanos históricos y contemporáneos, culminando con las políticas homogeneizantes e intolerantes del estado postrevolucionario.

Sin embargo, en los últimos años se ha abierto un nuevo espacio o área de refugio virtual: las reservaciones del sur de California y Arizona. Frente a las instituciones gubernamentales inmersas en la “cultura del ruego” que orienta toda la dinámica burocrática, la agilidad y eficacia del apoyo, económico, en especie y moral, de los grupos indígenas estadounidenses han permitido que los yumanos romper ese círculo perverso.

Frente a un estado que se considera dominante y poseedor de la verdad nacional, los

³ El concepto de asimetría de poder lo aprendí del Dr. Jorge A. Bustamante, durante las clases de la maestría en Estudios de Población de El Colegio de la Frontera Norte, desarrollado a partir del concepto weberiano de “mercado perfecto”, véase por ejemplo “Migración indocumentada: un marco teórico metodológico”, manuscrito preliminar para ser presentado en COLEF II, 26 págs. Además véase “Simetría” en Abbagnano 1995:1073.

yumanos se escurren a su nuevo refugio, así como las sierras eran fronteras infranqueables para los soldados misioneros que perseguían indígenas “cimarrones” y “criminales”, la línea divisoria entre México y Estados Unidos se está convirtiendo en una esperanza real y eficiente.

Esta situación que en apariencia es inédita en realidad es una nueva adaptación de los grupos de tradición yumana basada en su ancestral estrategia de la movilidad primero física, cultural y ahora económica. Los yumanos bajacalifornianos han podido reencontrarse consigo mismo y recuperar la dignidad de ser nativos, con una seguridad frente al estado mexicano homogeneizante e intolerante, a pesar de los discursos, con múltiples posibilidades de desarrollo y con un rescate, propio y apoyado, de su pasado y su cultura.

Mientras los aparatos gubernamentales creen que son todopoderosos y que los yumanos aun están en sus antecámaras, estos salieron por la puerta principal y han encontrado muchas respuestas y apoyos en la recuperación de su ancestral estrategia de supervivencia: la movilidad y la grandeza de ser yumanos.

Bibliografía

Abbagnano, Nicola

1995 *Diccionario de Filosofía*, Fondo de Cultura Económica, México.

del Río, Ignacio

1984 *Conquista y aculturación en la California jesuítica, 1697-1768*, Universidad Nacional Autónoma de México.

Dupeyron, Guy Rozat

1995 “Los indios imaginarios del logos occidental”, en *México en el imaginario*, Carmen Nava y Mario Alejandro Carrillo, eds., Universidad Iberoamericana, México.

Fairchild, Henry Pratt (ed.)

1992 *Diccionario de Sociología*, Fondo de Cultura Económica, México.

Lemoine Villacaña, Ernesto

1959 “Reseña histórico-demográfica de la Baja California durante la época colonial”, en *El México antiguo*, vol. 9, pp. 589-630.

Magaña Mancillas, Mario Alberto

1997 “Nomadismo estacional indígena en Baja California, siglos XVIII-XIX: una propuesta conceptual”, en *El impacto de la época misional en las comunidades indígenas de Baja California*, Martha Edna Castillo Sarabia, Miguel Wilken-Robertson y Laura Martínez, eds., pp. 31-42, Instituto de Cultural Nativas de Baja California, Ensenada.

1998 “Los rancheros frontereros en Baja California durante el signo XIX” ponencia en el XIV Congreso Nacional de Historia Regional, Culiacán, Sonora.

1999a “El nomadismo estacional indígena en Baja California, siglos XVIII-XIX”, ponencia en la X Reunión de Historiadores Mexicanos, Estadounidenses y Canadienses: migraciones en la historia de Norteamérica, Fort Worth, Texas.

1999b “Indígenas, misiones y ranchos durante el siglo XIX”, en *Ensenada: nuevas aportaciones para su historia*, pp. 81-113, Universidad Autónoma de Baja California, Mexicali.

1999c “La colonia militar de la frontera de la Baja California, 1849-1853”, ponencia en el Ciclo de Conferencias Historia de Baja California, Tijuana.

en prensa “La movilidad en los grupos indígenas de Baja California, siglos XVIII-XIX”, en

Antropología del norte de México: más allá de la frontera conceptual mesoamericana, ENAH-Chihuahua.

Rodríguez Tomp, Rosa Elba

1997 “Detrás de la cruz: la recomposición de las comunidades indígenas en la California jesuita”, en *El impacto de la época misional en las comunidades indígenas de Baja California*, Martha Edna Castillo Sarabia, Miguel Wilken-Robertson y Laura Martínez, eds., pp. 69-79, Instituto de Cultural Nativas de Baja California, Ensenada.